

Ilustración

ANDRÉS GILES

(Artista plástico argentino contemporáneo)

En ese pequeño lugar atiborrado de árboles la tarde parecía haberse apresurado con sus sombras. Más allá de esa quietud, todavía el resplandor del cielo era un espejo cálido en la geografía que nos envolvía. Los dos artistas del abstracto expresaban sus búsquedas en la dialéctica para reafirmar la trascendencia. El café humeaba entre nosotros inclinando sus volutas ante la fuerza alternada del aire de las voces. Luego de un rato requerí “¿por qué no hablan de la motivación? Después de ella, o sea de la idea, viene la creación y luego la dialéctica”. Germaine Bonifacio contestó de inmediato “la mía pasa por la existencia”. Mi entrevistado, Andrés Giles, revolvió sus piernas desaprensivamente. Toda su figura trasuntaba ese gesto de un hombre desacomodado al mundo. Que entraba y salía de él para lo anecdótico. Su arte estaba evidentemente despersonalizado de lo mundano. Tomó un tiempo largo para decir “simplemente me gusta”. Cuando salimos el principio del atardecer arreciaba. Entendí que el artista está acosado, obligado a evadirse por las rendijas de la historia que lleva al progreso para intentar salvar al hombre.

La historia no es épica, carece de un sentido heroico. Lo es en algunos hechos circunstanciales que se escabullen de la mediocridad del ser humano. En verdad, no solo adolece de un curso, sino que avanza amarrada a los instintos primarios de la supervivencia y de la procreación. El artista se aleja de la evidencia diaria pero subyace en ella. En esa contradicción de pertenencia y exilio a la historia cotidiana, prejuiciosa y malversa, deconstruye el arte actual. Niega su formalidad pero se amarra al acto “existenciario”, porque en última instancia sin él no es. Así, se constituye en el anteúltimo bastión que ostenta el hombre ante la crónica sin sentido, pues la última trinchera de los que se rebelan a los escombros de la historia es el lugar de los vagabundos, que son los que se atan al orden natural.

El arte por su rebeldía al hecho histórico que impone la “sociedad de los hombres eternos” de pronto se convierte en un riesgo para estos. El hombre corrompe la naturaleza. Esgrime la razón para defender al iluminismo, amparado en una dialéctica como recurso que aquilató el “progreso” para camuflar al instinto. El sentimiento se silencia por pasional y obsceno. Se lo excluye del orden natural. Se privilegia el pragmatismo que conduce a la materialidad. Los movimientos



“Abstracto 2”

llamados revolucionarios suelen desterrar o limitar al arte. Considerado patrimonio de las clases dominantes, se excluye su legado, el que llega al hombre desde su más oscuro origen. El absolutismo en el poder tolera el arte que le sirve a sus propósitos, desconociendo que el verdadero valor de este reside en su carácter de denuncia de lo real. El arte posmoderno no es una rebelión estética, es un rechazo al mundo del iluminismo, pero también el artista arrastra la trivialidad del reconocimiento en su voluntad por ser diferente. En la creación se abre al universo, a la interpretación, al surrealismo. Modela un mundo disímil aunque lo aparte de la sociedad que lo contiene. Desdobra su vida en un rechazo visceral a la historia, para permanecer de observador y subsistir en su necesidad material. En

cambio, el vagabundo no especula, aunque tampoco crea. Es una indiferencia a los dioses.

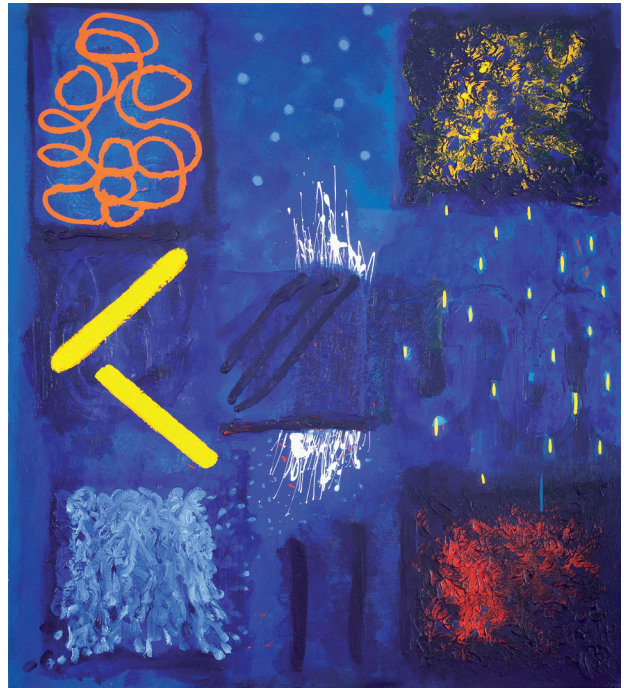
En el arte clásico se elige la escena, se la enmarca, se le da quietud eterna. El abstracto no limita su universo. Al abrirse y procurar su expansión corre desde la tela a la imaginación del observador. Tiene inquietud, movimiento, deconstrucción. Oculta sus objetos, vacía el sentimiento. El estilo que acarrea no es histórico. Es una denuncia, un grito al “existenciario” que obliga al autor a transitar entre el mundo de las ideas de la naturaleza y la imaginación de los hombres. Contraria a la unidad que persigue al hombre amenazado de perder su identidad.

El artista al evadirse de lo real y atacar al sistema se vuelve un desobediente. De hecho, los totalitarismos esclavizan para poder continuar vigentes. Espían, juzgan y condenan a la libertad del arte. Solo los que se doblegan son los admitidos, pues el arte puede constituirse en un riesgo para los dogmas. El arte no contribuye a ese sentido que el hombre quiere de la historia.

El presente se abre a dos bocas. La del mañana se refleja en la historia del ayer. El artista sale y entra de ese sendero que conduce a los mismos escombros. Denuncia estando en el camino o a su vera. En él habita esa contradicción de pertenecer a los dos mundos a la vez, la que no tienen los santos ni los errantes.

La técnica –luz del iluminismo– aísla al hombre, hace ingresar a la burguesía del progreso volviendo a la masa esclava de un proyecto que se le escapa hacia el devenir. La historia declara la soledad humana ante sus grandes tragedias, en donde se avasalla la conciencia y el humanismo es una dialéctica utópica más que una cualidad del hombre. Ante ella los dioses son inexistentes, irresolutos o perversos. La historia parece condenada a volver sobre sí misma. A temer por sus mismas vicisitudes. Es el espejo donde el drama se refleja siempre, renovable. Los hombres yacen solos. Y esto lo perciben los artistas. La historia que se ha idealizado es la de los hombres donde el humanismo es un adjetivo que no califica, solo trafica y gesticula su impotencia de ser. Esta crónica de injusticia nos delata un humanismo cruel. Ante él cada tanto los verdaderos humanistas descuellan asemejando las estrellas que navegan en el más negro de los cielos. Son desgarraduras de luz en un lienzo de maldad. A tal punto que Adorno decretó: “No se puede escribir poesía después de Auschwitz”. (1) El dilema es que tanto la razón como el arte pueden ser utilizados para los fines más repulsivos del hombre, pero rechazarlos implica un acto de barbarie.

Andrés Giles se abstrae de este mundo: “No tengo vocabulario para expresar lo que siento. Uso el simbolismo hermético en su concepción, abierto en su contenido porque es mi sentimiento”. Ahí recordé que Heidegger dejó sin terminar “Ser y tiempo” porque carecía de palabras para expresarse. (2) Aprecié eso en Giles, negado a esta vida que proponen los humanos adscriptos a una cadena de hechos catastróficos nacidos del historicismo instintivo. Entonces expresa “hago lo que me gusta”. Desgarra el velo con la idea y acomete contra el progreso



“Abstracto 3”

dialéctico, la malicia de la historia. La tormenta del mal nos sigue arrastrando hacia los mismos principios con que la construyeron. Con el iluminismo de la razón y su dialéctica creemos que vamos a favor del hombre. El arte con su adscripción a lo estético de la naturaleza desplaza al sin significado de la historia, a sus apologías y rechazos. Ella es errática, apocalíptica, vuelve sobre sí con la convicción del culpable que visita el lugar de su víctima. Pero Giles también asimila “después de materializar la idea me enfrento a otro desafío: con la dialéctica satisfacer la supervivencia a través del mercado”. Me distraje un instante. Andrés desaparecía con un adiós imperceptible, fiel a la consigna de Nietzsche “Ningún artista tolera lo real”.

Andrés Giles está condenado a actualizar el presente. A juntar el pasado y el futuro en un mismo tiempo vigente. Quitarse los sueños por utópicos. Evitar los recuerdos por dolor. El socavón de no-ser lo rodea y cerca. Asfixia cada aliento a la espera de que sea el último. La verdad revelada es más atroz que todas las mentiras que soporta el ser. El ser que lo sostiene es más tolerable que cualquier rebeldía de otros tiempos. Transita por el instante en que ser y no-ser se funden y no se avizora de qué lado queda la plenitud y dónde la nada. Muy cerca del vagabundo.

Jorge C. Trainini

BIBLIOGRAFÍA

1. Adorno T. Dialéctica negativa. Madrid: Akal; 2005.
2. Heidegger M. Ser y tiempo. México: Fondo de Cultura Económica; 1962.